

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
TRABAJO FINAL DE GRADO PARA LA LICENCIATURA EN TRABAJO SOCIAL

**Transformación comunitaria, prevención de la violencia y trabajo social:
análisis del modelo Cure Violence desde la teoría de Bourdieu**

Natacha Lilian Correa Bastos
Tutora: Silvia Rivero

Montevideo, Uruguay

2025

Página de aprobación:

Agradecimientos:

A mi madre y a mi padre, que han sido la raíz de este árbol, presencia incondicional en cada etapa, aun cuando mis procesos no eran lineales ni sencillos.

A mis amigues, cómplices de mis cambios de rumbo, de mis enredos y desvelos. Gracias por sostenerme con palabras, silencios y abrazos. A Gime en especial, por tender un puente entre lo emocional y lo académico, regalándome ese empuje extra cuando parecía no llegar.

A Vidalita, mi motor. Gracias por regalarme los espacios y los tiempos para estudiar, aun sin saber que en esos gestos estaba la fuerza más grande que podía recibir.

A mis diferentes compañeres de trabajo, por escuchar mis dilemas, por acompañar las dudas y motivarme siempre aunque fuese desde el rezongo.

A Silvia, mi tutora, por su presencia generosa, por estar siempre sin invadir, y por darme la libertad de ir por donde quería, sin imponer caminos.

Y finalmente, a mí. Por ser constante, por aprender que los objetivos florecen cuando se riegan con paciencia, por descubrir que esta tesis era para mí y no para demostrarle nada a nadie. La terminé cuando entendí que no buscaba complacer, sino escucharme y abrazar mi propio deseo.

Resumen:

Esta investigación analiza el papel de los interruptores de violencia en la prevención y reducción de conflictos violentos, a partir del marco teórico de Pierre Bourdieu, con énfasis en los conceptos de habitus y capitales. El estudio se propone, además, reflexionar sobre cómo el Trabajo Social puede articularse con este tipo de metodología planteada por *Cure Violence*, adaptada localmente en programas como *Barrios Sin Violencia*. El trabajo se estructura a partir de cinco objetivos específicos: examinar la metodología Cure Violence en experiencias internacionales; identificar los tipos de capitales que movilizan los interruptores; analizar cómo operan estos capitales en la mediación comunitaria; estudiar el habitus de los interruptores y su acceso a grupos violentos; y explorar las implicancias y desafíos del Trabajo Social en este modelo de intervención. Desde la perspectiva de Bourdieu, se reconoce que los interruptores acumulan capital social, cultural y simbólico, construido a partir de trayectorias vitales marcadas por la violencia. Este capital les otorga legitimidad dentro de sus comunidades, lo que les permite intervenir eficazmente en situaciones de conflicto. Su habitus, forjado en estos mismos territorios, representa una ventaja operativa que permite la comprensión profunda de las lógicas locales, facilitando la mediación con actores difíciles de alcanzar para las instituciones estatales. La investigación concluye que el rol de los interruptores es clave no sólo para interrumpir ciclos de violencia, sino también para facilitar el acceso del Estado a comunidades históricamente excluidas. En este sentido, la articulación con el Trabajo Social aparece como una oportunidad para reducir la histéresis del habitus profesional, ampliando su campo de acción y promoviendo una intervención situada, legítima y efectiva. Así, se plantea la necesidad de construir dispositivos mixtos que reconozcan el saber experiencial como complemento indispensable para políticas públicas más sostenibles.

Palabras claves: Interruptores de violencia - prevención - habitus - capital simbólico - intervención comunitaria - Trabajo Social - Cure Violence.

Índice:

Página de aprobación:	2
Agradecimientos:	3
Resumen:	4
Índice:	5
Introducción:	7
Objetivos específicos:.....	8
Perspectivas de análisis:.....	8
Esquema de análisis:.....	10
Programa Barrios Sin violencia.....	11
Implementación en Uruguay.....	13
Dinámicas de la Violencia Letal en Uruguay.....	14
Concentración Social de Homicidios.....	15
Limitación en los enfoques tradicionales de intervención.....	15
El Modelo Cure Violence como enfoque alternativo.....	16
La violencia una cuestión sanitaria.....	17
Estrategias de intervención.....	18
El papel de los "interruptores de violencia".....	19
Impacto global y expansión del modelo.....	19
Capítulo 2 :	21
Chicago Cease - Fire, experiencia en New York.....	21
Cure Violence en Honduras:.....	22
Cure Violence en Cali, Colombia.....	24
Ciudad de Juarez, México “Del barrio a la ciudad.....	25
Capítulo 3:	27
“El mundo Social e historia acumulada”.....	27
Capital Cultural.....	27
Capital económico.....	29
Capital Social:.....	29
Capital Simbólico:.....	30
Naturaleza del Capital Simbólico.....	31
La Violencia Simbólica.....	31
El Habitus.....	32
El Habitus y los Campos Sociales.....	32
Capítulo 4:	34
La Mediación Comunitaria.....	34
Capital Económico y su Influencia en la Violencia.....	37
Redistribución del capital económico y acceso a oportunidades.....	38
El Capital Simbólico su relación con la Violencia.....	38
El Capital Simbólico y la Legitimidad del Estado.....	39
Los Interruptores de Violencia y el Habitus: claves para el Acceso a Comunidades.....	40

Capítulo 5.....	42
El lugar del trabajo social en el modelo cure violence.....	42
Construcción de Capital Social y Redes Comunitarias.....	43
Un enfoque integral y formación de equipos mixtos.....	45
Reducción de la Histéresis del Habitus.....	45
Conclusiones:.....	47

Introducción:

La violencia en contextos urbanos marginados constituye uno de los grandes desafíos para las políticas públicas y la intervención tanto a nivel regional como en nuestro país. En este marco el Programa Barrios sin Violencia que ha impulsado el Ministerio del Interior en nuestro país, inspirado en el modelo internacional Cure Violence, busca abordar la violencia comunitaria desde una perspectiva de salud pública, considerando su transmisión como un fenómeno similar al de una epidemia. Uno de los pilares fundamentales de este enfoque es la figura de los Interruptores de la Violencia, actores comunitarios con experiencias en dinámicas violentas que, tras realizar cambios en sus trayectorias vitales, trabajan para mediar conflictos y en la prevención de la letalidad en la violencia, en otras palabras prevenir homicidios. Este trabajo tiene como objetivo analizar el papel de los Interruptores de Violencia en el programa Barrios Sin Violencia, utilizando como marco teórico el concepto de Capitales utilizado por Pierre Bourdieu. Se explorará cómo el capital cultural, social, económico y simbólico influyen en la efectividad del programa y en el acercamiento del Estado a la comunidad. Además se abordará la relación de los interruptores y el habitus, considerando la histéresis del habitus como una barrera y una oportunidad en el procesos de inserción y legitimación en el barrio.

A la vez, desde la perspectiva del Trabajo Social, este estudio busca reflexionar sobre los límites y desafíos que enfrenta la disciplina al intervenir en territorios de alta violencia. Se examinará el rol de los equipos técnicos en el acompañamiento de los interruptores y cómo la articulación con estos actores puede potenciar futuras estrategias a largo plazo. En ese sentido, se plantea la necesidad de repensar las formas tradicionales de la metodología y la intervención del trabajo social, para fortalecer la inserción de estos nuevos agentes de cambio y correcto desarrollo del programa.

Metodología

Este trabajo adopta un enfoque cualitativo y exploratorio basado en el análisis documental y la revisión de bibliografía especializada. Se describirán estudios previos sobre la ejecución del modelo Cure Violence en diferentes países con énfasis en experiencias latinoamericanas. Asimismo, se recurrirá a marcos teóricos que permitan interpretar la interacción entre los interruptores de violencia y el entorno social, destacando las contribuciones de Bourdieu,

Grassi (2010) y De la Garza (2012) en relación con la intervención social en contextos de exclusión

En síntesis este trabajo busca aportar a la discusión sobre la prevención de la violencia en comunidades marginadas, resaltando la importancia de estrategias innovadoras y la articulación del trabajo social, actores comunitarios y políticas públicas para generar cambios sostenibles en el tiempo. Se trata de un análisis exploratorio sobre un programa de reciente aplicación en nuestro país, sobre el que aún no se han realizado evaluaciones.

Objetivo general:

- Analizar el papel de los interruptores en la prevención y reducción de la violencia desde la perspectiva teórica de Bourdieu; habitus, capitales y como el Trabajo Social puede fusionarse en esta forma de intervención.

Objetivos específicos:

- Examinar las características de la metodología Cure Violence a través de experiencias en otros lugares
- Identificar los tipos de capitales que se movilizan y se modifican en la relación interruptores- comunidad.
- Analizar cómo operan esos capitales en los contactos de violencia e intervención comunitaria.
- Analizar el habitus de los interruptores y su relación con el acceso a intervenir en situaciones de violencia o con grupos criminales
- Explorar la implicancia del trabajo social en la implementación de esta metodología y los desafíos que pueda presentar.

Perspectivas de análisis:

Para abordar el papel de los Interruptores de Violencia en la prevención y reducción de la violencia comunitaria, este estudio se estructura en torno a cuatro dimensiones de análisis fundamentales. En primer lugar, la **dimensión sociológica**, basada en la teoría de Pierre Bourdieu, permite examinar el habitus de los interruptores y los distintos tipos de capital (social, cultural, económico y simbólico) que inciden en su legitimidad y efectividad dentro del territorio. En segundo lugar, la **dimensión comunitaria** se enfoca en la relación entre los

interruptores y la comunidad, analizando cómo se construyen los vínculos de confianza, las estrategias de mediación y los factores que facilitan o dificultan su aceptación en el barrio.

Asimismo, la **dimensión metodológica** profundiza en el modelo **Cure Violence**, revisando su aplicación en distintos contextos y su adaptación a la realidad local a través del programa *Barrios Sin Violencia*. Finalmente, la **dimensión del Trabajo Social** reflexiona sobre los desafíos y límites de esta disciplina en la intervención en territorios de alta conflictividad, explorando cómo la articulación con los interruptores puede potenciar estrategias más eficaces de prevención de la violencia. A través de estas dimensiones, esta investigación busca aportar un análisis integral sobre el impacto de los interruptores y su potencial para transformar dinámicas de violencia en espacios urbanos marginados.

Esquema de análisis:

Objetivos Específicos	Dimensiones Asociadas	Conclusiones Clave
1. Examinar la metodología Cure Violence a través de experiencias en otros lugares	Metodológica - Enfoque epidémico - Adaptación local	Alta reducción de violencia Modelo replicable y eficaz Alternativa no represiva
2. Identificar los capitales movilizados en la relación interruptores–comunidad	Sociológica - Capital social, cultural y simbólico - Habitus, Histéresis	La legitimidad nace de la experiencia vivida El capital simbólico es clave para la intervención
3. Analizar cómo operan esos capitales en contextos de violencia	Sociológica y Comunitaria - Uso de vínculos previos - Acceso a actores difíciles de alcanzar	Permiten intervenir desde dentro Facilitan el corte de ciclos violentos
4. Analizar el habitus de los interruptores y su acceso a grupos criminales	Sociológica - Habitus forjado en entornos violentos - Histéresis funcional a la mediación	Conocen códigos locales Transforman su pasado en herramienta legítima
5. Explorar el rol del Trabajo Social y sus desafíos	Trabajo Social y Comunitaria - Dilema entre saber técnico y saber situado - Articulación con actores legítimos	El TS puede fortalecerse si colabora Interruptores facilitan el ingreso del Estado

Capítulo 1

Programa Barrios Sin violencia

El programa Barrios Sin Violencia surge como una intervención piloto de prevención comunitaria de la violencia, ejecutada por organizaciones de la sociedad civil en Uruguay. Este programa se fundamenta en el modelo internacional Cure Violence y en un enfoque epidemiológico, tratando la violencia como un problema de salud pública. Se enmarca en el Componente 1 del Programa Integral de Seguridad Ciudadana II, con el apoyo financiero del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y comenzó a implementarse en abril de 2024 bajo la mediación del Ministerio del Interior (MI).

El modelo Cure Violence, que inspira esta iniciativa, considera que la violencia puede abordarse de manera similar a una enfermedad transmisible. Según este enfoque, la violencia se propaga dentro de las comunidades mediante patrones repetitivos de interacción, y, por ende, es posible "interrumpir" su transmisión a través de intervenciones preventivas. Esta metodología se basa en identificar "vectores" o "transmisores" de la violencia, utilizando a miembros de la comunidad como mediadores entrenados para intervenir en conflictos y prevenir su escalada. De este modo, el programa Barrios Sin Violencia no solo busca reducir la incidencia de violencia en el corto plazo, sino también generar un cambio cultural y social en las comunidades afectadas.

El Estudio de Factibilidad para la Implementación del Modelo Cure Violence en Uruguay, fue llevado a cabo en 2023 por un equipo de Cure Violence Global (CVG), constituye un análisis exhaustivo para evaluar la viabilidad de aplicar esta metodología en Montevideo. El objetivo principal del estudio fue comprender la dinámica de la violencia en los barrios más afectados, así como el funcionamiento comunitario en torno a esta problemática, para determinar si el enfoque de interrupción de violencia sería efectivo en el contexto local.

El equipo de CVG realizó un análisis inicial basado en tres pilares: 1) Caracterización de los barrios seleccionados, para estudiar las trayectorias históricas, sociales y económicas de las zonas con mayores índices de homicidios y violencia armada, seleccionadas según datos provistos por el Ministerio del Interior (MI); 2) evaluación comparativa del modelo a partir de la revisión de los resultados de la metodología Cure Violence en otros países, analizando su aplicabilidad en un contexto urbano como el de Montevideo; 3) reuniones con actores

claves, incluyeron referentes comunitarios, representantes municipales y representantes de organismos públicos, con el fin de obtener una perspectiva amplia y colaborativa sobre las causas y características de la violencia en la ciudad.

El informe destacó varias condiciones relevantes para la implementación del programa, tales como:

- Juventud como grupo vulnerable: una de las observaciones más relevantes es la implicación directa de jóvenes de entre 14 y 18 años en conflictos violentos, tanto como víctimas y como perpetradores. Según el informe, esta problemática está impulsada por factores como la deserción escolar, la falta de oportunidades laborales y las condiciones de pobreza estructural. Además, el alto número de personas privadas de libertad (15.000, con una tasa de reincidencia del 70% en los primeros cuatro años) agrava la situación, al perpetuar la exclusión social y los ciclos de violencia en las zonas afectadas.
- Presencia de armas de fuego, el informe resalta que una proporción significativa de los delitos violentos se cometan con armas de fuego, muchas de ellas modificadas para aumentar su letalidad. Estas armas están, con frecuencia, en manos de jóvenes menores de 18 años, lo que incrementa los riesgos y las consecuencias de los conflictos en los barrios.
- Factores socioeconómicos de la violencia, los jóvenes involucrados en actos delictivos suelen presentar altos niveles de vulnerabilidad, caracterizados por la falta de acceso a educación, desempleo crónico y la exposición constante a entornos de pobreza extrema. Esta combinación de factores sitúa a la juventud en una posición central dentro de los conflictos violentos en Montevideo.
- Colaboración institucional y comunitaria, las reuniones con los fiscales Carlos Negro y Mirtha Morales, proporcionaron datos clave sobre la tipología de delitos y la geografía del crimen en Montevideo. Además, estos confirmaron la necesidad urgente de iniciativas preventivas que se dirijan específicamente a las causas estructurales de la violencia. Por otro lado, los encuentros con líderes comunitarios y representantes municipales mostraron una fuerte voluntad para trabajar en conjunto con el programa y un conocimiento profundo de las dinámicas locales.

Tras el análisis de la información recabada, el equipo de CVG concluyó que Montevideo reúne las condiciones necesarias para implementar el modelo Cure Violence en al menos dos zonas de la ciudad. Esta conclusión se basa en los siguientes puntos clave:

- La existencia de líderes comunitarios comprometidos con la búsqueda de soluciones para la inseguridad.
- La identificación de organizaciones con arraigo comunitario, capaces de colaborar en la selección y formación de interruptores.
- La disposición de las autoridades municipales y nacionales para promover políticas innovadoras de prevención de la violencia.

En particular, CVG enfatiza la importancia de trabajar con organizaciones de la sociedad civil que cuenten con experiencia en intervención y en el fortalecimiento de vínculos comunitarios, lo que permitirá adaptar la metodología a las características específicas de los barrios seleccionados.

Implementación en Uruguay

Para su implementación, el Ministerio del Interior, como mediador entre Cure Violence Global (CVG) y el Estado uruguayo, formalizó un contrato que permite la aplicación de esta metodología en barrios específicos de Montevideo. Además, CVG brinda capacitaciones y apoyo técnico a los equipos responsables de llevar adelante la iniciativa.

En 2023, el programa lanzó un llamado a Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) para implementar el proyecto en dos áreas geográficas de Montevideo. Como resultado, se seleccionaron dos organizaciones: Ecofamilia, responsable de trabajar en la zona este de Montevideo, abarcando barrios como Marconi, Borro, y sus alrededores; Vida Nueva, que lidera la implementación en la zona oeste, incluyendo barrios como Casabó y Cerro.

Cada una de estas organizaciones conformó un equipo de trabajo compuesto por: una dupla técnica (Trabajo Social y Psicología), encargada de la coordinación general y la supervisión del programa; ocho referentes comunitarios/interruptores, quienes desempeñan un rol central en la intervención directa. Los interruptores son miembros de las comunidades seleccionadas, capacitados para intervenir en situaciones de conflicto, mediar entre partes en disputa y evitar la escalada de violencia.

La intervención de Barrios Sin Violencia pretende reducir significativamente los niveles de violencia en las áreas intervenidas a través de acciones preventivas, basadas en la interrupción inmediata de conflictos y el fortalecimiento de los vínculos comunitarios. Además, el programa busca sentar las bases para un abordaje más integral de la seguridad ciudadana, mediante la cooperación entre sociedad civil, Estado y organismos internacionales.

Dinámicas de la Violencia Letal en Uruguay

La violencia letal en Uruguay ha sido un tema creciente de preocupación en las políticas de seguridad pública. Según la UNODC (2021), Uruguay presenta una tasa de homicidios de 8,9 por cada 100,000 habitantes, cifra que está por debajo del promedio latinoamericano de 19,9, pero superior al promedio mundial de 5,8. A pesar de que las tasas de homicidios en Uruguay son menores en comparación con países como Brasil (21,3), la tendencia creciente observada en los últimos años es alarmante. Entre 2012 y 2022, la tasa de homicidios en el país aumentó un 37%, pasando de 7,8 a 10,7 homicidios por cada 100,000 habitantes (Cano y Rojido, 2017). Este aumento resalta la necesidad urgente de revisar las estrategias y políticas públicas de prevención y control de la violencia letal en Uruguay.

La concentración geográfica de homicidios en Uruguay es un fenómeno complejo que refleja patrones espaciales y sociales claramente definidos. Según datos estadísticos del Ministerio del Interior (MI), los homicidios en el país no se distribuyen de manera uniforme, sino que tienden a concentrarse en áreas específicas, lo que sugiere que los factores geográficos y las características socioeconómicas de ciertos lugares juegan un papel importante en la ocurrencia de la violencia letal. Esta dependencia espacial y social puede ser una oportunidad para la implementación de estrategias preventivas más focalizadas, ya que permite un análisis más detallado de las causas y condiciones de la violencia en distintas zonas y sectores de la población.

La distribución geográfica de los homicidios en Uruguay refleja la influencia de factores sociales, culturales, económicos y ambientales en áreas específicas. En 2022, el 56,4% de los homicidios en Uruguay ocurrieron en la capital, Montevideo. Dentro de esta ciudad, el 39% se registraron en solo seis barrios, lo que muestra una clara concentración de la violencia letal en ciertas zonas (MI, 2023). Esto puede explicarse por una combinación de factores, como la pobreza, la falta de oportunidades laborales, la presencia de grupos delictivos y la alta

densidad poblacional en estos sectores. Las características estructurales de estas áreas, como la marginación social y la precariedad económica, contribuyen a la alta incidencia de violencia, especialmente en barrios con una fuerte presencia de grupos de jóvenes en situación de vulnerabilidad.

Concentración Social de Homicidios

Además de la concentración geográfica, los homicidios en Uruguay también siguen patrones sociales específicos. Según el Ministerio del Interior (2023), la mayoría de las víctimas y agresores de homicidios son hombres jóvenes, entre los 15 y 35 años, que comparten un perfil socioeconómico similar. Estos individuos, a menudo, presentan características comunes como baja escolaridad, dificultades para acceder a empleo y bajos ingresos. Estas condiciones estructurales, junto con factores como la exclusión social y la falta de acceso a servicios básicos, contribuyen a la escalada de violencia en estas poblaciones. La violencia letal, en muchos casos, se desencadena en el marco de disputas interpersonales, conflictos de poder, enfrentamientos entre bandas o grupos rivales, o como resultado de la escalada de tensiones sociales que afectan a sectores más vulnerables.

La concentración geográfica y social de los homicidios proporciona valiosa información para la formulación de políticas públicas de prevención. La identificación de las áreas con mayor incidencia de violencia permite focalizar los esfuerzos de prevención y de intervención, tales como el aumento de la presencia policial, el fortalecimiento de programas de integración social y la promoción de la educación y el empleo en sectores vulnerables. El análisis de estos patrones también puede facilitar la creación de programas que aborden las causas estructurales de la violencia, como la pobreza, la falta de acceso a la educación y las disparidades socioeconómicas.

Además, la estrategia de intervención preventiva, basada en la identificación de estos patrones, puede contribuir a la reducción de homicidios al implementar medidas específicas en los barrios de alto riesgo, mejorar las oportunidades de socialización para los jóvenes y disminuir la disponibilidad de armas de fuego en estas áreas.

Limitación en los enfoques tradicionales de intervención

Históricamente, el enfoque del Ministerio del Interior y de la Policía Nacional en Uruguay ha sido generalista, centrado en el patrullaje disuasivo y la investigación de crímenes pasados.

Sin embargo, uno de los problemas fundamentales de este enfoque es que trata el homicidio como un fenómeno homogéneo, cuando en realidad está compuesto por diferentes tipos de violencia. Como señala Rojido (2023), el homicidio puede originarse en una variedad de situaciones, como disputas entre parejas, conflictos vecinales, robos violentos, o enfrentamientos entre bandas criminales. Esto sugiere que las políticas de seguridad deben ir más allá de la represión generalizada y considerar enfoques diferenciados para abordar las diversas manifestaciones de violencia. En sus estudios, Rojido señala que las estrategias tradicionales, centradas en el aumento de efectivos policiales y el endurecimiento de penas, no han logrado una reducción efectiva de los homicidios en el país. Por el contrario, estas medidas, junto con la militarización de la seguridad pública, han demostrado ser contraproducentes, incrementando la violencia letal en lugar de disminuirla.

Con el fin de promover una respuesta más especializada, en junio de 2019, la Organización de Estados Americanos (OEA) lanzó el Plan de Acción Hemisférico para la Prevención y Reducción del Homicidio Intencional, cuyo objetivo es promover la creación de políticas públicas basadas en evidencia, con un enfoque preventivo fuerte y una estrategia integral, multisectorial y sistémica. Este plan sugiere que los países deben adoptar estrategias diferenciadas y específicas para abordar la violencia homicida, adaptadas a las características locales y contextuales de cada región (OEA, 2019).

A pesar de la existencia de esta guía internacional, en Uruguay aún no se han implementado políticas o programas específicos orientados a la prevención del homicidio. Este vacío ha llevado a Uruguay a ser uno de los pocos países de América Latina sin iniciativas claras en este ámbito. Rojido (2023) destaca la importancia de la adopción de programas de prevención de homicidios que se basen en estrategias integradas. A través de su análisis de 109 programas en América Latina, clasificados en diferentes tipos, el autor identifica estrategias como el control de factores de riesgo (p. ej., control de armas de fuego y consumo de alcohol), la protección de grupos de riesgo (mujeres en riesgo de femicidio), y la mediación con victimarios (p. ej., rehabilitación de perpetradores) como elementos clave para reducir los homicidios.

El Modelo Cure Violence como enfoque alternativo

En el caso de Uruguay, uno de los enfoques más innovadores para abordar la violencia es el Modelo Cure Violence, que ha sido replicado en el programa "Barrios Sin Violencia". Según

Cano y Rojido (2017), el modelo Cure Violence se enfoca en la mediación entre grupos violentos, principalmente pandillas y bandas armadas, con el objetivo de interrumpir los ciclos de violencia y evitar represalias violentas. En este modelo, los llamados "interruptores" actúan como agentes de cambio dentro de las comunidades para prevenir escaladas de violencia. Este modelo se distingue por su enfoque en reducir la violencia sin desmantelar completamente a los grupos, lo que podría implicar riesgos éticos y políticos, como la legitimación indirecta de grupos criminales.

Por otra parte, también plantean que la implementación de Cure Violence en Uruguay debe ir acompañada de un diagnóstico cualitativo profundo para entender cómo los grupos interactúan con el entorno, qué motiva la violencia y cómo se pueden involucrar los actores locales para reducir el crimen. Es esencial identificar los componentes identitarios y familiares dentro de los grupos violentos para comprender la dinámica de los homicidios y el comportamiento de los perpetradores.

Si bien, Cano y Rojido (2017) advierten sobre los riesgos éticos y políticos de este tipo de intervenciones enfatizan que la mediación con grupos armados no debe ser vista como una forma de tolerancia hacia los delincuentes, sino como una estrategia para reducir la violencia de manera efectiva. De lo contrario, la sociedad podría interpretarlo como una forma de complicidad o legitimación de las actividades criminales, lo que podría generar resistencia política y social al programa.

Los autores concluyen que para abordar de manera efectiva la violencia letal en Uruguay, se debe adoptar un enfoque integral y multidimensional, que considere las diversas formas de violencia y sus causas estructurales. Los enfoques de represión y aumento de personal policial no parecen ser suficientes por sí solos para reducir los homicidios. De ahí la importancia de implementar programas de intervención como el Modelo Cure Violence que apunten a prevenir y reducir los homicidios mediante estrategias focalizadas, mediación y reeducación de los perpetradores, y un fuerte trabajo comunitario.

La violencia una cuestión sanitaria

La violencia urbana se ha consolidado como uno de los principales problemas de salud pública a nivel global, y su impacto no solo se manifiesta en términos de pérdidas humanas, sino también en la desestabilización social, económica y psicológica de las comunidades

afectadas. En este contexto, el modelo Cure Violence, desarrollado en Estados Unidos, emerge como una solución innovadora, adoptando un enfoque sanitario para abordar la violencia, similar al que se emplea en el control de enfermedades epidémicas. A través de su estrategia de control epidémico, el programa busca reducir la violencia en las comunidades identificando sus "puntos calientes" y trabajando para erradicar la propagación de este fenómeno en las sociedades afectadas.

El modelo Cure Violence es un ejemplo paradigmático de cómo la violencia puede abordarse desde una perspectiva sanitaria y preventiva. La violencia, según esta metodología, se entiende como una epidemia social, donde las conductas violentas se propagan de persona a persona, al igual que las enfermedades infecciosas. Al igual que con las epidemias, Cure Violence busca detectar la violencia en sus primeras etapas, interrumpir su transmisión y prevenir futuras propagaciones.

Una de las características clave del enfoque es la prevención primaria, que se enfoca en cambiar las normas sociales que permiten la violencia. Como lo establece Edward et al. (2023), "Cure Violence reconoce que las normas sociales y culturales pueden influir significativamente en la aceptación de la violencia dentro de una comunidad, y trabaja activamente para transformar estas percepciones mediante campañas educativas, talleres de resolución pacífica de conflictos y la promoción de alternativas no violentas".

Estrategias de intervención

El modelo Cure Violence se basa en tres pilares fundamentales:

1. Detección de la violencia y prevención de su propagación: se enfoca en la detección temprana de situaciones violentas para intervenir antes de que se agraven. Esto implica identificar situaciones de riesgo y evitar que se conviertan en escaladas de violencia.
2. Identificación de individuos en riesgo: El segundo pilar consiste en identificar a aquellas personas con mayor probabilidad de participar en actos violentos, tales como los jóvenes involucrados en grupos armados, etc. En estos casos, el modelo implementa intervenciones personalizadas para modificar el comportamiento de estos individuos, acercándose a nuevas oportunidades y cambiando su percepción de la violencia como una respuesta aceptable.

3. Cambio en las normas comunitarias: Finalmente, Cure Violence trabaja en la transformación de las normas sociales que permiten y perpetúan la violencia. Esto incluye la concientización comunitaria, la educación en resolución pacífica de conflictos y la promoción de un cambio cultural que valore el respeto y la coexistencia pacífica entre los miembros de la comunidad (M. Edward, 2023).

El papel de los "interruptores de violencia"

El desarrollo de Cure Violence radica en la participación activa de líderes comunitarios, conocidos como interruptores de violencia, quienes desempeñan un rol fundamental en la implementación de este enfoque. Estos interruptores son individuos clave dentro de la comunidad, que no solo intervienen directamente en situaciones violentas, sino que también utilizan sus redes sociales y su profundo conocimiento del entorno local para modificar actitudes y comportamientos. Según Edward et al. (2023), "los interruptores de violencia son figuras clave en la construcción de relaciones dentro de la comunidad, utilizando su autoridad local para disuadir a las personas de participar en actos violentos".

Además de intervenir en situaciones concretas de conflicto, los interruptores trabajan de manera proactiva en la construcción de relaciones fuertes dentro de la comunidad, lo que facilita la creación de redes de apoyo y cooperación entre los vecinos. Este modelo de prevención proactiva se centra en abordar las causas profundas de la violencia y en ofrecer alternativas constructivas a quienes están en riesgo de involucrarse en actos violentos.

Impacto global y expansión del modelo

La efectividad del modelo Cure Violence ha sido demostrada en varias evaluaciones independientes, que muestran reducciones significativas en la violencia armada y en los homicidios. Un ejemplo destacado de este éxito se dio en Trinidad y Tobago, donde la implementación de Cure Violence resultó en una notable disminución de asesinatos por represalia, que son uno de los principales motores de la violencia en muchas comunidades urbanas (Edward, 2023).

La metodología Cure Violence ha alcanzado una expansión global significativa, abarcando más de 100 comunidades en diversos países de América Latina, incluyendo Brasil, Colombia, Honduras, Jamaica, México, Puerto Rico y Trinidad y Tobago. Estas intervenciones han sido respaldadas por evaluaciones independientes, que consistentemente reportan reducciones

sustanciales y estadísticamente significativas en los niveles de violencia, particularmente en áreas con una alta prevalencia de violencia armada.

Capítulo 2 :

Chicago Cease - Fire, experiencia en New York

En 2010, Nueva York comenzó a implementar los primeros programas inspirados en el modelo Cure Violence en barrios como South Bronx y East New York (Brooklyn), zonas que históricamente habían tenido altos índices de violencia. En 2012, el Centro de Investigación y Evaluación del John Jay College of Criminal Justice inició una evaluación exhaustiva de estos programas para medir su impacto en la reducción de la violencia, utilizando una combinación de visitas a los barrios y entrevistas con los miembros del personal involucrado en su ejecución.

El estudio realizado por Delgado et al. (2017) encontró que en los barrios de East New York y South Bronx, los programas inspirados en Cure Violence resultaron en una disminución significativa de la violencia armada. En el primer barrio las lesiones causadas por armas de fuego se redujeron en un 50%, pasando de 44 casos a 22 tras la implementación del programa. De manera similar, en el South Bronx, el número de víctimas de tiroteo disminuyó de 35 a 13 durante los primeros cuatro años del programa, comparado con el periodo previo a su implementación.

Un hallazgo particularmente significativo del informe de Delgado et al. (2017) fue el cambio en las actitudes hacia la violencia en los hombres jóvenes que vivían en las áreas donde se implementó el modelo de Cure Violence. Estos jóvenes informaron una disminución en el respaldo a la violencia como una forma legítima de resolver disputas personales. Este cambio fue más pronunciado en comparación con los jóvenes de áreas similares que no contaban con programas de intervención basados en Cure Violence. Este aspecto es fundamental, ya que refleja un cambio en la normativa social de la comunidad, que es uno de los objetivos principales del enfoque de salud pública de Cure Violence.

La evaluación de estos programas en Nueva York también destacó la importancia de un enfoque integral y comunitario para la reducción de la violencia. Delgado et al. (2017) señalaron que el trabajo de los "interruptores de violencia", individuos capacitados para intervenir en situaciones de violencia antes de que se escalen, fue crucial para el éxito del programa. Estos agentes son personas de la misma comunidad, lo que les permite utilizar su

red de relaciones locales para influir de manera efectiva en los comportamientos de los individuos involucrados en conflictos violentos.

En cuanto a la sostenibilidad, los programas se benefician de la colaboración constante entre las comunidades, la policía, y las organizaciones civiles, lo que aumenta su efectividad y ayuda a asegurar su continuidad. Esta colaboración es fundamental para crear una red de apoyo comunitario que prevenga la violencia de forma sostenible.

Los resultados de los programas inspirados en Cure Violence en Nueva York han demostrado que el modelo no solo puede reducir la violencia a corto plazo, sino que también puede transformar las dinámicas sociales a largo plazo. Delgado et al. (2017) concluyen que este enfoque tiene un gran potencial para replicarse en otras comunidades, tanto dentro de los Estados Unidos como a nivel internacional, en lugares donde la violencia armada es un problema importante.

En conclusión, la implementación del modelo Cure Violence en Nueva York ha sido una experiencia exitosa que muestra cómo un enfoque de salud pública y prevención social puede ser eficaz en la reducción de la violencia armada. Los programas en East New York y South Bronx han demostrado que la intervención temprana, el trabajo comunitario y el cambio cultural pueden generar un impacto positivo en la seguridad y el bienestar de las comunidades más vulnerables.

Cure Violence en Honduras:

En este contexto, el trabajo de Ransford et al. (2017) sobre la aplicación del modelo en San Pedro Sula presenta una evaluación detallada de cómo el enfoque de Cure Violence ha contribuido a la reducción de la violencia en esta ciudad. Honduras ha enfrentado una creciente crisis de violencia en las últimas décadas, especialmente en áreas urbanas como San Pedro Sula, que ha sido catalogada en varias ocasiones como una de las ciudades más violentas del mundo. En 2014, San Pedro Sula alcanzó una tasa de homicidios de 187 por cada 100,000 habitantes, una cifra alarmante que refleja la magnitud del problema (Ransford et al., 2017).

La violencia en Honduras es impulsada por una combinación de conflictos interpersonales, extorsión, crimen organizado y rivalidades entre grupos, lo que ha creado un ambiente donde la violencia letal se ha convertido en una norma. El modelo Cure Violence se implementó en

San Pedro Sula adaptando sus estrategias a las particularidades de las comunidades locales.

El programa fue implementado en tres fases claves:

En esta fase, los miembros de la comunidad y los actores locales fueron capacitados sobre la metodología Cure Violence. Se llevó a cabo un mapeo de los puntos conflictivos, con el objetivo de identificar las áreas de mayor riesgo donde la violencia era más prevalente. Se realizó también un acercamiento a los grupos de riesgo, comenzando con una serie de actividades de sensibilización para dar a conocer el programa y sus objetivos.

Como segunda fase, el programa se centró en reconocer las dinámicas locales y establecer relaciones con los actores clave en las comunidades. Se iniciaron mediaciones de conflictos menores, con el objetivo de prevenir que situaciones de violencia escalaran. Se hizo un seguimiento constante de las situaciones conflictivas para intervenir antes de que se convirtieran en actos violentos.

La tercera fase implicó intervenciones más intensivas, como la mediación de conflictos con grupos de mayor riesgo. Se llevaron a cabo movilizaciones comunitarias para sensibilizar a la población sobre los efectos destructivos de la violencia. Además, se realizaron jornadas de sensibilización pública, orientadas a promover la paz y la resolución pacífica de conflictos.

Los resultados obtenidos en San Pedro Sula fueron altamente positivos. Según el informe de Ransford et al. (2017), durante los primeros años de implementación del programa Cure Violence, se observó una reducción significativa de la violencia en todas las áreas donde se llevó a cabo el programa. En particular, en 2014 y 2015, los tiroteos disminuyeron en un promedio del 88% y 94% respectivamente. Esta drástica reducción fue un cambio significativo para la comunidad, que comenzó a experimentar una disminución de la exposición diaria a la violencia.

Uno de los logros más destacables fue que en una zona específica de la ciudad, se registró un período de 17 meses sin tiroteos, lo que evidenció el impacto positivo de la intervención en la prevención de la violencia armada (Ransford et al., 2017). Estos resultados reflejan la efectividad del enfoque preventivo y de mediación del modelo Cure Violence, que al igual que en otros contextos, trabaja para cambiar las actitudes hacia la violencia y la resolución de conflictos dentro de las comunidades.

Aunque los resultados en San Pedro Sula fueron prometedores, el informe también reconoce que la violencia en Honduras sigue siendo un problema persistente. El impacto positivo logrado en algunas áreas no ha sido suficiente para erradicar el problema a nivel nacional. Ransford et al. (2017) argumentan que, a pesar de los avances, la violencia sigue siendo un fenómeno multifacético que requiere un enfoque integral y sostenido en el tiempo. El modelo Cure Violence ha demostrado ser eficaz en zonas específicas, pero la sostenibilidad a largo plazo y la extensión del programa a otras áreas urbanas y rurales son necesarias para obtener resultados más amplios.

El programa Cure Violence en San Pedro Sula, Honduras, ha demostrado ser una estrategia efectiva para reducir la violencia armada en comunidades de alto riesgo. A través de un enfoque preventivo y de mediación de conflictos, el programa ha logrado reducir significativamente los tiroteos y las muertes violentas en áreas específicas, brindando esperanza de que este modelo puede ser replicado en otras comunidades de América Latina que enfrentan problemas similares. A pesar de los avances logrados, es fundamental que los esfuerzos para reducir la violencia en Honduras se mantengan sostenibles y expandidos a lo largo del tiempo.

Cure Violence en Cali, Colombia

“Abriendo Caminos” es el nombre de la adaptación de la metodología Cure Violence en Cali, Colombia. En el “Informe Final de la Evaluación de Impacto del Programa Abriendo Caminos de la Fundación Alvaralice” (Moreno; Irurita; Gomez, 2020) Se evalúa el impacto de la implementación del programa en los territorios de Charco Azul y Comuneros en la ciudad de Cali.

Para lograr este objetivo se llevó adelante una metodología bastante diversa diseñada para capturar el efecto total de la implementación de la metodología Cure Violence en estos territorios. El equipo evaluó las siguientes variables:(i) la efectividad de la interrupción de la violencia, (ii) determinar si se produjo una disminución en los índices de violencia en los territorios mencionados anteriormente, (iii) el cambio en las actitudes de la población y los beneficiarios del programa, (iv) calcular el retorno social de la inversión de la implementación del proyecto en los territorios, y (v) analizar y dar seguimiento a la información registrada en la plataforma “Civi Core”, que es una herramienta que forma parte de la metodología Cure Violence.

Se puede entonces a afirmar que el resultado de esta implementación fue exitosa pero que, algunas condiciones fueron fundamentales para esto:

- Compromiso político por parte de la administración pública de la ciudad.
- Inversión económica significativa , que ha permitido la sostenibilidad
- Participación activa de los jóvenes en actividades
- Apoyo a iniciativas productivas , fomentando el desarrollo económico local.
- Implementación de un rol de apoyo psicosocial , contribuyendo al bienestar de los participantes
- Vinculación de los jóvenes a oportunidades laborales , facilitando su integración en el mercado

La generación de empleo legal para los participantes ha sido un aspecto destacado. Gracias a la articulación con programas de la alcaldía, muchos jóvenes accedieron a oportunidades laborales, lo que fortaleció su compromiso con el proyecto y su transformación personal. Además, la posibilidad de obtener un trabajo formal incentiva a más jóvenes a sumarse a la iniciativa. Aquellos que lograron vincularse laboralmente se convirtieron en ejemplos de cambio de normas en la comunidad y una apuesta a este pilar de la metodología, recibir un ingreso económico por un trabajo honesto, sin la incertidumbre y los riesgos asociados al empleo en actividades ilícitas, ha sido clave para la consolidación del cambio en estos jóvenes.

Ciudad de Juarez, México “Del barrio a al ciudad

Entre enero de 2015 y noviembre de 2018, en el estado de Chihuahua se registraron 5,412 incidentes que dieron lugar a la apertura de igual número de carpetas de investigación por homicidio doloso. De este total, el municipio de Juárez concentró 2,303 casos, lo que equivale al 42.55% de los homicidios investigados en la actualidad. (Gonzalez Martanez 2019)

Según el estudio de Salvador Cruz sobre el homicidio de hombres en Ciudad Juárez, la influencia del crimen organizado, especialmente el vinculado al narcotráfico, es evidente y está predominantemente integrada por varones. Cruz (2011) describe a las víctimas como “masculinidades marginadas”, es decir, hombres que ocupan los niveles más bajos de la jerarquía social, particularmente jóvenes que, en un intento de sobrevivir, se involucran en

actividades ilícitas como el narcomenudeo, el sicariato, el robo o la extorsión, y sobre quienes recae el estigma de la violencia.

En conclusión, tanto las víctimas como los perpetradores ligados al narcotráfico enfrentan un margen de acción limitado dentro del contexto local, marcado por la influencia del crimen organizado. Su participación en estas redes implica un riesgo constante de muerte, especialmente cuando alguien intenta desafiar la autoridad del líder y este, como represalia, ordena su eliminación. Es decir, cuando un individuo dentro de una estructura criminal jerárquica decide actuar de manera independiente, asume el peligro de ser castigado severamente por insubordinación.

La incidencia de homicidios en las zonas donde opera Cure Violence con el programa Del Barrio a la Comunidad (DBC) depende de las dinámicas del crimen organizado. Sin embargo, el programa sí logra incidir en factores relacionados con la convivencia juvenil, que en muchas ocasiones lleva a los jóvenes vinculados a grupos a situaciones de riesgo. En barrios donde las opciones de recreación son escasas, los conflictos y el peligro se convierten en una forma de entretenimiento. Para contrarrestar esto, DBC ha desarrollado espacios artísticos, culturales, deportivos y de capacitación, los cuales han contribuido a modificar estas dinámicas.

A pesar de los importantes logros del programa, los resultados de encuestas y grupos focales, especialmente en la evaluación de cierre de 2018, indican una disminución significativa en su impacto. Esta caída es particularmente evidente en los ámbitos de cohesión familiar, recuperación y apropiación de espacios públicos, así como en la ampliación de la experiencia de vida. Estos cambios han influido en la tendencia general del programa, que también muestra una reducción. Diversos factores podrían estar contribuyendo a esta situación, por lo que se recomienda realizar una nueva evaluación para determinarlo. (Gonzalez Martanez, 2019)

Capítulo 3:

“El mundo Social e historia acumulada”

En la segunda mitad del siglo XX, Pierre Bourdieu nos presenta el concepto de constructivismo estructuralista. Con esta idea el autor va a plantear que existen estructuras pero que el ser humano es un agente social, actor interventor activo, con capacidad para cambiar las estructuras o la realidad social. El principal objetivo del constructivismo estructuralista es estudiar el individuo como agente social dentro de las estructuras o instituciones como espacios de disputa, lucha y negociación. Considera que el estructuralismo clásico es exagerado, al hablar de un sujeto sujetado, que es pasivo, determinado, mero individuo receptor. El constructivismo estructuralista sin embargo posiciona a los sujetos como agentes con capacidad crítica y con poder, como actores interventores de la realidad, agentes activos que cuestionan las estructuras, estas no son moldes de poder. Le da importancia al lugar que ocupan los sujetos y objetos en las estructuras.

Bourdieu (1980) sostiene que la estructura social impone límites a las acciones de los individuos, y la posición que estos ocupan dentro de ella influye en sus relaciones con los demás. Esta ubicación está determinada por los diferentes tipos de capital que poseen, así como por sus habitus y el campo en el que interactúan. Los capitales, ya sean materiales o inmateriales, pueden ser de índole social, económica, cultural o simbólica, y son adquiridos a lo largo del proceso de socialización. El habitus, por su parte, hace referencia a las disposiciones internas que orientan la manera de actuar, percibir y pensar de los sujetos, siendo moldeados por su entorno social. Por último, el concepto de "campo" designa el espacio social en el que los individuos se desenvuelven, regulado por normas e instituciones que definen las posiciones de poder y subordinación dentro de la sociedad.

Para Bourdieu (2001) el capital es trabajo acumulado, ya sea material o incorporado, es lo que hace que la vida social no sea un juego de azar y esta acumulación a su vez requiere de tiempo. Para el autor la realidad social es tan compleja que para comprenderla es debido incorporar el concepto de capital en todas sus formas.

Capital Cultural

El capital cultural, según Pierre Bourdieu, es el conjunto de conocimientos, habilidades, educación y competencias culturales que las personas adquieren a lo largo de su vida y que

pueden ser utilizados como recursos estratégicos en la vida social. Este capital permite obtener ventajas y mantener posiciones de poder o privilegio dentro de la estructura social. Su importancia radica en cómo contribuye a la diferenciación y jerarquización de los individuos en función de su acceso a estos recursos culturales, Bourdieu distingue tres formas principales de capital cultural:

El capital cultural incorporado comprende las habilidades, competencias, y disposiciones culturales que las personas interiorizan desde la infancia. Se trata de conocimientos y comportamientos que se adquieren a través del tiempo y que se vuelven parte del propio ser. Por ejemplo, el lenguaje, el gusto por determinadas formas de arte o la forma de hablar y comportarse en diferentes contextos sociales. Este tipo de capital requiere esfuerzo y tiempo para ser adquirido, siendo la familia y la educación formal las principales fuentes de transmisión. Al ser "incorporado", este capital no es transferible de una persona a otra, sino que debe ser aprendido y asimilado de manera individual.

El capital cultural objetivado consiste en los bienes culturales materiales que una persona posee, como libros, obras de arte, instrumentos musicales, películas, o cualquier objeto con valor cultural. Estos bienes no solo tienen un valor en sí mismos, sino que también pueden ser interpretados como indicadores del capital cultural del propietario. Por ejemplo, poseer una extensa colección de literatura clásica o arte contemporáneo puede reflejar y reforzar la posición social de una persona. Aunque estos bienes pueden ser transmitidos de una persona a otra (como herencias), su verdadero valor depende de la capacidad del individuo para interpretarlos, utilizarlos y apreciarlos, lo que conecta este tipo de capital con el incorporado.

Por otra parte el capital cultural institucionalizado, se refiere a los títulos, certificados y credenciales educativas que validan oficialmente las competencias culturales de una persona. Por ejemplo, un título universitario, un diploma en música o un certificado profesional son formas de capital institucionalizado. Este tipo de capital es especialmente importante porque otorga legitimidad social y abre puertas a oportunidades laborales o sociales, siendo un medio de conversión hacia otros tipos de capital, como el económico.

El capital cultural no se distribuye de manera equitativa en la sociedad, sino que es heredado y transmitido dentro de las familias, lo que refuerza las desigualdades sociales. Las familias con mayores recursos económicos y culturales tienden a proporcionar a sus hijos un entorno

que favorece la adquisición de capital cultural, desde el acceso a educación de calidad hasta el fomento de hábitos y prácticas culturales valoradas socialmente.

Por último, Bourdieu subraya que el capital cultural es clave en la reproducción de las desigualdades sociales. Las instituciones educativas, al valorar y legitimar formas específicas de capital cultural, tienden a favorecer a los individuos que ya tienen acceso a estas formas desde su entorno familiar. Esto significa que quienes no poseen un nivel elevado de capital cultural enfrentan mayores dificultades para avanzar socialmente, perpetuando así las diferencias de clase.

Capital económico

El Capital Económico “*lo convertible en dinero*” (p: 135) según Pierre Bourdieu, se refiere a la capacidad de movilizar y gestionar recursos materiales o financieros con el propósito de alcanzar un objetivo determinado. Este tipo de capital es el más tangible y medible, ya que incluye todo aquello que puede ser transformado en dinero o evaluado en términos monetarios, como propiedades, ingresos, inversiones, bienes, y riquezas acumuladas. Bourdieu describe el capital económico como un pilar central en las dinámicas sociales, ya que su acumulación y utilización están estrechamente vinculadas con la obtención de poder y privilegio dentro de una estructura social.

El capital económico no solo proporciona acceso a bienes materiales, sino también a poder y autoridad en múltiples esferas, como la política, la educación, y la cultura. Quienes poseen grandes cantidades de capital económico suelen tener una influencia desproporcionada en la toma de decisiones que afectan al conjunto de la sociedad. Aunque el capital económico es fundamental, Bourdieu subraya que rara vez opera de forma aislada. Su eficacia aumenta cuando se combina con el capital cultural o social. Por ejemplo, un empresario que invierte en proyectos artísticos no solo utiliza su capital económico, sino que también obtiene capital cultural y social, reforzando su estatus y legitimidad en distintos campos sociales.

Capital Social:

El capital social, según Pierre Bourdieu, es definido como “[...] *la suma de recursos, reales o virtuales, de la que se hace acreedor un individuo o grupo en virtud de poseer una red perdurable de relaciones más o menos institucionalizadas de mutua familiaridad y reconocimiento.*” (Bourdieu y Wacquant, 1992: 178). En otras palabras, el capital social se

refiere a la capacidad de una persona o grupo para movilizar recursos a través de las conexiones y relaciones que mantiene con otros. Estas relaciones, que pueden incluir vínculos familiares, amistades, redes laborales, confraternidades o asociaciones, son un medio para acceder a ventajas que de manera individual serían inalcanzables.

Las relaciones que constituyen el capital social no son meramente espontáneas; muchas de ellas están estructuradas por instituciones sociales como la familia, las escuelas, las empresas o las comunidades religiosas. Este carácter institucionalizado da estabilidad a las redes, facilitando el acceso y el flujo de recursos. Bourdieu resalta que el valor del capital social no solo reside en las relaciones mismas, sino en los recursos que estas redes contienen. Por ejemplo, un individuo puede incrementar sus oportunidades laborales, educativas o económicas a través de los contactos y el apoyo dentro de su red social. De esta forma, el capital social amplifica los recursos individuales al sumar los capitales que poseen las conexiones sociales de esa persona.

El capital social está íntimamente ligado a los otros tipos de capital que Bourdieu analiza, como el capital económico y el cultural. Por ejemplo, una red social sólida puede proporcionar acceso a oportunidades laborales mejor remuneradas (capital económico) o a espacios de formación académica exclusivos (capital cultural). Además, las relaciones sociales pueden ser cultivadas intencionadamente mediante inversiones económicas o culturales, como asistir a eventos sociales o formar parte de organizaciones prestigiosas. Este capital actúa como un multiplicador de recursos al integrar los capitales de los individuos con los de sus redes de relaciones, es similar a poseer los capitales de mis allegados, porque a través del vínculo puedo acceder a ellos. Al mismo tiempo, constituye un mecanismo clave para la reproducción de las desigualdades sociales, ya que no todos los individuos tienen el mismo acceso a redes influyentes ni a los recursos que estas contienen.

Capital Simbólico:

El capital simbólico es una forma de poder que se basa en el reconocimiento, el prestigio y la legitimidad que un individuo o una institución poseen dentro de un determinado campo social. Se trata de un capital invisible, pero efectivo, que refuerza las jerarquías y permite la reproducción de la dominación social.

Naturaleza del Capital Simbólico

Para Bourdieu, el capital simbólico es cualquier forma de capital (económico, cultural, social) que ha sido reconocido y legitimado por un grupo social. Este reconocimiento otorga poder a su poseedor, ya que implica prestigio, honor o autoridad. Sin embargo, su existencia depende del consenso social; si no es reconocido, no tiene valor. *"El capital simbólico es el capital económico o cultural cuando es conocido y reconocido, cuando se percibe a través de categorías de percepción socialmente inculcadas."* (Bourdieu, 1980)

Por ejemplo, un título universitario no tiene valor en sí mismo, sino en la medida en que la sociedad lo considera una marca de conocimiento y competencia. Del mismo modo, un líder político obtiene poder no solo por su riqueza (capital económico) o sus conexiones (capital social) sino también por el valor que las personas dan a este tipo de capitales o las habilidades en las que estos se traducen (capital simbólico).

La Violencia Simbólica

El concepto de violencia simbólica es crucial en la teoría de Bourdieu. Se refiere a la manera en que las estructuras de poder se imponen sin necesidad de coerción física, sino a través de la aceptación inconsciente de las normas y jerarquías dominantes. El capital simbólico es un instrumento clave en este mecanismo, pues transforma la desigualdad en algo legítimo y naturalizado.

Por ejemplo, en comunidades empobrecidas, alejadas de los centros urbanos y marcadas por la exclusión histórica, los modos de vida, los saberes locales y las formas de organización comunitaria suelen ser invisibilizados o deslegitimados frente a los valores dominantes del Estado o las instituciones. Se construye así una jerarquía simbólica que refuerza la idea de que ciertos modos de habitar el territorio, asociados al consumo, la seguridad o la formalidad, son superiores. Esta lógica no solo estigmatiza a quienes viven en contextos de pobreza, sino que también justifica su exclusión de los espacios de toma de decisión o participación. Como señala Bourdieu, *"toda relación de comunicación es, objetivamente, una relación de poder simbólico en la medida en que las palabras permiten ejercer y legitimar dominaciones"* (1991)

El capital simbólico es una de las herramientas más poderosas en la estructura social, ya que permite legitimar la dominación sin necesidad de imposiciones directas. Se basa en el

reconocimiento social y puede ser transformado en otras formas de capital, consolidando así el poder de las élites. A través de la violencia simbólica se reproducen desigualdades sociales que se presentan como naturales o merecidas

El Habitus

El concepto de habitus es central en la teoría de Pierre Bourdieu y se refiere a un sistema de disposiciones duraderas y estructurales que moldean la percepción, pensamiento y acción de los individuos dentro de un determinado contexto social. El habitus es el resultado de la internalización de estructuras sociales y condiciona el comportamiento de las personas sin necesidad de una imposición externa.

Para Bourdieu, el habitus es una estructura mental y corporal adquirida a través de la socialización. No es innato, sino que se forma mediante experiencias y prácticas dentro de un grupo social determinado. Se manifiesta en formas de actuar, pensar y sentir que parecen naturales, pero en realidad son el producto de la historia social del individuo. *"El habitus es un sistema de disposiciones duraderas y transferibles que, integradas en el cuerpo de cada individuo, funcionan como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones."* (Bourdieu, 1980)

El habitus opera a nivel subconsciente y guía nuestras acciones sin que seamos completamente conscientes de ello. Es lo que nos hace sentir que ciertas cosas son "normales" o "evidentes" dentro de nuestra cultura y clase social. Uno de los aspectos más importantes del habitus es que actúa como un puente entre las estructuras sociales (las reglas, instituciones y normas de la sociedad) y la agencia individual (la capacidad de acción de las personas). Esto significa que el habitus no determina de manera absoluta el comportamiento, pero sí lo orienta fuertemente. Las personas actúan dentro de los límites de su habitus, pero también pueden modificarlo en función de nuevas experiencias o cambios en el campo social.

El Habitus y los Campos Sociales

El concepto de campo en Bourdieu se refiere a los distintos espacios sociales (educación, arte, política, etc.) en los que las personas compiten por diferentes tipos de capital (económico, cultural, social, simbólico). El habitus de un individuo influye en su capacidad para desenvolverse con éxito en un campo determinado. Si un individuo entra en un campo para el que no tiene el habitus adecuado (por ejemplo, alguien de clase trabajadora en un

entorno académico elitista), puede experimentar una sensación de desajuste, lo que Bourdieu llama histéresis del habitus.

Aunque el habitus es duradero, no es inmutable. Puede modificarse con nuevas experiencias o cuando una persona se mueve a un campo diferente. Sin embargo, estos cambios no son fáciles ni inmediatos, ya que el habitus tiende a reproducirse a sí mismo. Un ejemplo sería una persona de origen desfavorecido que accede a la universidad y adopta un nuevo habitus académico. Aunque puede aprender a desenvolverse en ese espacio, su habitus original sigue influyendo en su forma de percibir y actuar.

El habitus es una de las contribuciones más influyentes de Bourdieu a la sociología, ya que permite comprender cómo las estructuras sociales se interiorizan y reproducen sin necesidad de coerción directa. Explica por qué las desigualdades se mantienen en el tiempo y cómo las personas, aunque tienen agencia, actúan dentro de los límites de su historia social.

Capítulo 4

Desde la perspectiva de Pierre Bourdieu (1986), este modelo epidemiológico de interrumpir la violencia, así como el rol de los interruptores de la violencia, puede analizarse a través de los diferentes tipos de capital que estructuran las dinámicas sociales: capital económico, social, cultural y simbólico.

La Mediación Comunitaria

Tal como se mencionó previamente, Bourdieu define el capital social como "el conjunto de recursos actuales o potenciales vinculados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas" (Bourdieu, 1986, p. 248). En el caso de *Cure Violence*, el modelo utiliza a personas con experiencia en el mundo de la violencia, como ex miembros de pandillas, para actuar como "interruptores de violencia" y generar redes de confianza dentro de las comunidades afectadas. Estos mediadores poseen un recurso social que les permite acceder a grupos vulnerables y generar cambios en su comportamiento.

Los interruptores de violencia tienen una legitimidad social dentro de las comunidades afectadas, lo que les permite acercarse a individuos que de otro modo rechazarían el contacto con instituciones formales como la policía, el gobierno y técnicos sociales. En palabras de Bourdieu, "el capital social no es más que la acumulación de relaciones de reconocimiento mutuo" (1986, p. 249), lo que explica por qué los jóvenes en riesgo confían más en quienes se les asemejan, quienes tienen un *habitus* compartido, que en figuras externas.

En comunidades donde la violencia está arraigada y los grupos delictivos ejercen una fuerte influencia, los modelos de éxito y reconocimiento social suelen estar ligados al poder que otorga el control territorial, el acceso a recursos ilícitos y la capacidad de ejercer violencia. En este contexto, quienes buscan alternativas fuera de estos circuitos pueden enfrentar dificultades para ser legitimados dentro de su comunidad, ya que los valores dominantes favorecen la adhesión a estas estructuras de poder. Sin embargo, el programa opera precisamente sobre esta lógica, generando un cambio en los referentes comunitarios y en la construcción del estatus social.

La transformación del estatus dentro de la comunidad al cambiar su rol de perpetradores de violencia a agentes de cambio se traduce en que estos adquieran un capital simbólico positivo. Su experiencia y trayectoria en contextos de violencia, que antes podía ser un factor

de exclusión o criminalización, se resignifica dentro del programa como un recurso valioso para la mediación y la prevención de conflictos. De este modo, logran redefinir los códigos de respeto y reconocimiento dentro de su comunidad, instaurando nuevas formas de autoridad basadas en la resolución pacífica de conflictos y en el acceso a redes de apoyo.

Este proceso no solo permite la construcción de nuevas identidades individuales y colectivas, sino que también impacta en la percepción de la violencia como única vía de ascenso social. Al visibilizar modelos alternativos de liderazgo y éxito, el programa contribuye a modificar las estructuras simbólicas que perpetúan la violencia, promoviendo un cambio en los valores y en las dinámicas de interacción dentro de la comunidad.

El capital cultural, según Bourdieu (1986), se manifiesta en tres formas: objetivado (bienes culturales como libros, artefactos y tecnologías), institucionalizado (certificaciones y credenciales educativas) e incorporado (hábitos, disposiciones y competencias adquiridas a través de la socialización). En el contexto de *Cure Violence*, el capital cultural en su estado incorporado juega un papel crucial en la transformación de las comunidades afectadas por la violencia.

Este modelo busca alterar el *habitus* de los individuos en riesgo al exponerlos a nuevas normas de convivencia y resolución de conflictos. A través de la intervención de los interruptores de violencia, quienes poseen legitimidad dentro de sus comunidades debido a su experiencia previa en contextos violentos, se fomenta un cambio en la percepción de la violencia como medio de interacción social. Estos actores clave actúan como agentes de transformación, promoviendo nuevas disposiciones culturales que desafían los códigos de conducta tradicionales asociados con el crimen y la violencia. La intervención del modelo no solo se orienta a la reducción de la violencia a corto plazo, sino que también contribuye a la reconfiguración estructural del capital cultural dentro de las comunidades marginadas.

Retomando lo expuesto más arriba sobre que los interruptores no siempre poseen los capitales valorados en el campo profesional, logran insertarse exitosamente en estos gracias a su agencia y la acumulación de otros tipos de capital. Su conocimiento del territorio y su red de vínculos comunitarios les permiten acceder a espacios de intervención desde una posición de legitimidad. Al mismo tiempo, su inserción en el programa y en una ONG les facilita el acceso a nuevos recursos y formas de capital, fortaleciendo su rol y consolidando su posición dentro del campo de la prevención de la violencia. Así, su capacidad de articulación entre la

comunidad y las instituciones no sólo legitima su trabajo, sino que también les otorga nuevas herramientas para transformar su propia acumulación y transformación de capitales. En este proceso, no solo se resignifica su trayectoria personal, sino que también se amplían sus oportunidades y se genera un impacto más profundo en la comunidad.

Los interruptores no solo trabajan individualmente con jóvenes en riesgo, sino que también actúan como puentes hacia otros recursos comunitarios, como programas de empleo, educación y salud mental. A través de su labor, amplían el capital social disponible para estos jóvenes, brindándoles alternativas concretas fuera del circuito del crimen. Además, su intervención contribuye a la desestigmatización de ciertos sectores de la población, especialmente de la juventud, promoviendo una visión más inclusiva dentro de la comunidad. A su vez, este proceso fomenta una transformación en el tejido social, ayudando a que los vecinos dejen de percibirse como amenazas entre sí y, en cambio, fortalezcan lazos barriales.

A pesar de que programas como Barrios sin Violencia fortalecen las conexiones sociales y buscan reducir la violencia, enfrentan limitaciones significativas debido a la ausencia de mecanismos sólidos de coordinación interinstitucional y la sectorialización de las políticas públicas. Estas deficiencias estructurales del Estado dificultan la transformación del capital social en capital económico, a diferencia de otros países que cuentan con recursos y acuerdos laborales interinstitucionales, en Uruguay la falta de articulación efectiva entre diferentes organismos impide abordar directamente las desigualdades económicas que perpetúan la criminalidad. Esta fragmentación institucional limita la capacidad de los programas para ofrecer soluciones integrales que incluyan oportunidades laborales y desarrollo económico para las poblaciones en riesgo. (Rojido, 2017)

La coordinación interinstitucional es esencial para el éxito de las políticas de prevención de la violencia. Sin embargo, en Uruguay, la implementación de políticas sociales ha evidenciado una tendencia hacia la sectorialización y la fragmentación institucional, lo que dificulta la creación de estrategias integrales. Esta falta de articulación se traduce en una incapacidad para abordar de manera efectiva las causas estructurales de la violencia, como la pobreza y la exclusión social. Además, esta ausencia de coordinación impide la implementación de programas que combinen la reducción de la violencia con la generación de empleo y el desarrollo económico. Como resultado, las iniciativas se centran principalmente en la intervención social y la modificación de comportamientos, sin ofrecer soluciones sostenibles que permitan a los individuos salir de los ciclos de criminalidad y pobreza.

Para superar estas limitaciones, es necesario que el Estado uruguayo fortalezca sus mecanismos de coordinación interinstitucional y promueva la integración de políticas sectoriales. Esto implica desarrollar estrategias que no solo se enfocan en la reducción de la violencia, sino que también aborden las desigualdades económicas y sociales subyacentes. La implementación de programas de empleo, educación y capacitación laboral, en conjunto con las iniciativas de prevención de la violencia, podría facilitar la transformación del capital social en capital económico, ofreciendo a las poblaciones vulnerables alternativas reales al crimen y contribuyendo a una reducción sostenible de la violencia en el país.

Capital Económico y su Influencia en la Violencia

El capital económico, entendido como el acceso a recursos materiales, es un factor determinante en la perpetuación de la violencia. Las comunidades en las que opera *Cure Violence* suelen estar marcadas por la exclusión económica y la falta de oportunidades laborales, lo que empuja a muchos jóvenes a integrarse en bandas o grupos criminales. Aunque el modelo no se centra directamente en la redistribución de capital económico, algunas de las líneas de intervención en la comunidad y con la población de riesgo puede interceder en posibilidades de acceso a la educación y empleo. Sin embargo, podemos observar que en la implementación en Uruguay no tiene aún contemplada esta determinante específica.

No obstante el programa tiene un impacto en el capital económico de las y los interruptores de violencia. Se trata de individuos que han estado involucrados en actividades criminales y que, gracias a su experiencia, gozan de credibilidad dentro de su comunidad. Su participación en *Cure Violence* les permite transformar su capital económico ilícito en una forma legítima de sustento. Al ser contratados como mediadores y líderes comunitarios, estos actores reciben un salario que no solo les permite sostenerse económicamente, sino que también legitima su reinserción social. Este cambio es crucial, pues la violencia suele perpetuarse en contextos donde las oportunidades laborales formales son escasas, y el crimen representa una alternativa de supervivencia.

La formalización del trabajo de los interruptores de violencia es una estrategia que contribuye a la reconfiguración del capital económico dentro de estas comunidades. En lugar de depender de ingresos derivados de actividades ilícitas, estos actores clave pueden desarrollar

un modelo de vida sustentable basado en la mediación y la prevención de conflictos. Esta transición no solo tiene un impacto individual, sino que también genera un efecto multiplicador dentro de la comunidad, demostrando que existen caminos alternativos a la economía criminal.

Redistribución del capital económico y acceso a oportunidades

Además, *Cure Violence* busca fortalecer el capital económico a nivel comunitario al canalizar recursos hacia iniciativas productivas y programas de empleo. Esto no solo ayuda a estabilizar financieramente a los interruptores de violencia, sino que también permite la integración de otros jóvenes en dinámicas laborales legales. La posibilidad de acceder a empleos y capacitación reduce la dependencia económica de las redes delictivas y genera incentivos para que más personas se alejen de la violencia.

En este sentido, el capital económico no solo se transforma a nivel individual, sino que se redistribuye dentro de la comunidad, fortaleciendo el capital social y cultural al mismo tiempo. Como señala Bourdieu (1986), el capital económico es un factor determinante en la estructura social, y su acceso puede marcar la diferencia entre la exclusión o la integración dentro del sistema formal. *Cure Violence* actúa precisamente en este punto, generando oportunidades que desafian la economía del crimen y promoviendo la construcción de una nueva estructura económica dentro de comunidades afectadas por la violencia.

El Capital Simbólico su relación con la Violencia

El capital simbólico, en la teoría de Bourdieu (1989), representa la forma en que otras especies de capital (económico, cultural o social) son reconocidas y legitimadas dentro de un determinado campo social. Es, en esencia, el poder de la representación, el prestigio y el reconocimiento social que un individuo o grupo obtiene en función de su estatus dentro de una estructura social. Como explica Bourdieu, “*el capital simbólico es el capital cuando es percibido y reconocido como legítimo*” (Bourdieu, 1989, p. 17). Es decir, su valor no radica en la acumulación de bienes o recursos tangibles, sino en la percepción y validación social de los mismos.

En contextos de violencia, el capital simbólico opera de manera ambivalente. Por un lado, dentro de grupos delictivos, la violencia misma puede ser un mecanismo de acumulación de capital simbólico, donde el reconocimiento y el respeto dentro de la jerarquía criminal

dependen de la capacidad de ejercer el poder coercitivo. Por otro lado, *Cure Violence* busca redefinir este capital simbólico, transformando los valores y legitimando nuevas formas de reconocimiento social dentro de la comunidad.

Dentro del modelo de *Cure Violence*, los interruptores de violencia juegan un papel clave en la reconfiguración del capital simbólico en sus comunidades. Estos individuos, que anteriormente acumulaban prestigio dentro de estructuras criminales, logran resignificar su estatus al convertirse en agentes de cambio. En palabras de Bourdieu (1991), “*el poder simbólico es un poder invisible que sólo puede ejercerse con la complicidad de aquellos que no quieren saber que están sometidos a él o incluso que lo ejercen*” (p. 23). En este sentido, la violencia ha sido históricamente un mecanismo de legitimación dentro de ciertos entornos, pero el modelo de *Cure Violence* desafía esta lógica al introducir una nueva forma de autoridad basada en la mediación y la resolución pacífica de conflictos.

Al cambiar su rol de perpetradores de violencia a líderes comunitarios, los interruptores acumulan un nuevo tipo de capital simbólico basado en la confianza y el respeto que generan en la comunidad. La reputación que alguna vez estuvo ligada a la violencia ahora se asocia con la capacidad de transformar realidades y guiar a otros jóvenes en riesgo. Este cambio no ocurre de manera inmediata, sino a través de un proceso en el que su credibilidad es puesta a prueba en la resolución de conflictos y en su compromiso con el bienestar comunitario.

El Capital Simbólico y la Legitimidad del Estado

Otro aspecto importante es que *Cure Violence* no solo trabaja en la resignificación del capital simbólico a nivel individual, sino también en la relación entre la comunidad y las instituciones formales. En muchos barrios marginados, la desconfianza hacia el Estado y sus agentes, como la policía, es un factor que refuerza la legitimidad de estructuras criminales alternativas. Como señala Bourdieu (1998), “*el Estado es la institución que tiene el monopolio de la violencia legítima, pero cuando esta violencia no es reconocida como legítima, su eficacia se ve socavada*” (p. 40). En este sentido, *Cure Violence* actúa como un intermediario que facilita la reconstrucción de la confianza entre la comunidad y las instituciones, promoviendo nuevas formas de autoridad y reconocimiento.

La implementación del programa en comunidades afectadas por la violencia ha demostrado que, al dotar a los interruptores de herramientas de mediación y resolución de conflictos, se

genera un impacto positivo en la percepción del Estado. La comunidad comienza a reconocer a estos nuevos líderes como figuras legítimas, lo que disminuye la necesidad de acudir a la violencia como mecanismo de resolución de disputas.

Los Interruptores de Violencia y el Habitus: claves para el Acceso a Comunidades

Si se analiza el programa de Barrios Sin Violencia, desde la perspectiva de Pierre Bourdieu, es posible argumentar que los interruptores de violencia logran ingresar y operar en comunidades de alta peligrosidad debido a su habitus, entendido como el conjunto de disposiciones internalizadas que estructuran su visión del mundo y sus prácticas dentro de un contexto específico. Su capacidad de acceder a estos sectores de la sociedad no es casual, sino que responde a una acumulación previa de capital simbólico y social dentro del campo de la violencia, que tienen cierta legitimidad dentro de la comunidad en la que actúan.

Bourdieu (1980) define el habitus como un sistema de disposiciones duraderas que guían la acción de los individuos en función de su historia social. En el caso de los interruptores de violencia, su socialización previa en ambientes de criminalidad y conflicto les proporciona un conocimiento práctico de los códigos, normas y estructuras de poder que rigen en estos espacios. Esta familiaridad con el contexto les permite actuar como mediadores legítimos, pues poseen el capital simbólico necesario para ser reconocidos y aceptados tanto por los actores violentos como por la comunidad en general.

Según Bourdieu (1997), “*los agentes no actúan en función de reglas explícitas, sino a partir de un sentido práctico del mundo que han incorporado*” (p. 160). En este sentido, los interruptores de violencia han internalizado los códigos de comportamiento de las comunidades en las que operan, lo que les permite comunicarse de manera efectiva y evitar conflictos innecesarios. Sin embargo, también enfrentan algunos riesgos en relación a su inserción en la comunidad como agentes de cambio y con un rol distinto, como ser la desconfianza por parte de la comunidad o de antiguos aliados. En ocasiones, los actores criminales pueden percibir a los interruptores como traidores, lo que pone en riesgo su seguridad, tensiona sus redes de relacionamiento y, en el largo plazo, dificulta la consolidación de un nuevo capital simbólico. Pasar de ser respetados por su historial violento a ser reconocidos como mediadores requiere tiempo y estrategias específicas. Es necesario, por ejemplo, atender la presión para regresar a dinámicas previas a la que pueden enfrentarse,

dado que esta puede hacer que, ante situaciones de crisis, los interruptores recurren a prácticas del pasado, lo que puede debilitar su rol pacificador.

Capítulo 5

El lugar del trabajo social en el modelo cure violence.

El Trabajo Social, como disciplina comprometida con la transformación de las condiciones de vida de las poblaciones más vulneradas, enfrenta desafíos particulares en contextos de alta conflictividad social. En territorios atravesados por la violencia letal, la precariedad estructural y la deslegitimación histórica del Estado, las intervenciones tradicionales se ven constantemente tensionadas por la imposibilidad de operar desde marcos técnicos desligados del territorio y de sus códigos propios. En este escenario, la metodología *Cure Violence* introduce un elemento disruptivo: los interruptores de violencia, personas con capital simbólico y experiencia directa en dinámicas violentas, que actúan como mediadores legitimados por la comunidad para interrumpir conflictos antes de que escalen.

El Trabajo Social puede ocupar un lugar estratégico en este modelo, no solo acompañando a los interruptores desde el plano técnico y metodológico, sino también repensando sus propias formas de intervención. Como señala Bourdieu (1997), las instituciones no son neutrales: portan un *habitus* profesional, es decir, un conjunto de disposiciones que estructuran la manera en que los trabajadores sociales perciben, interpretan y actúan en la realidad social. Este *habitus*, moldeado por la lógica académica, burocrática y normativa del Estado, puede entrar en contradicción con los modos de vida y las dinámicas informales de los territorios vulnerables.

En este sentido, los interruptores permiten “descentrar” la mirada profesional, ya que evidencian la existencia de saberes no institucionalizados que operan de manera eficaz allí donde el Estado y sus representantes no logran ingresar. Esta tensión también es analizada por Grassi (2010), quien advierte que una de las principales limitaciones del Trabajo Social contemporáneo radica en la dificultad para generar intervenciones situadas, es decir, capaces de dialogar con las culturas locales, sus tiempos, formas de organización y sentidos propios. El acompañamiento a los interruptores, entonces, puede funcionar como una vía para reducir esa distancia metodológica y simbólica.

Asimismo, De la Garza (2012) advierte que el ejercicio profesional en contextos de violencia también implica riesgos personales, desgaste emocional y confrontación con límites institucionales. Frente a ello, la articulación con actores como los interruptores puede

funcionar como una forma de ampliar la capacidad de alcance de los equipos técnicos, sin exponerlos directamente a situaciones de alto riesgo. No se trata de tercerizar la intervención, sino de reconocer que, en estos escenarios, el Trabajo Social necesita tejer alianzas con figuras legitimadas por la comunidad para sostener procesos de transformación social más efectivos.

La propuesta no es abandonar el enfoque profesional ni renunciar a las herramientas técnicas, sino incorporar una lógica de trabajo colaborativo donde el saber situado de los interruptores dialogue con el conocimiento metodológico del Trabajo Social. En este marco, la práctica profesional deja de centrarse exclusivamente en la aplicación de programas estandarizados y se orienta hacia la co-construcción de estrategias de prevención con actores comunitarios, reconociendo la complejidad y especificidad de cada territorio.

Por último, este modelo de intervención permite también cuestionar y revisar la histéresis del habitus profesional. Como plantea Bourdieu (1986), cuando los contextos cambian más rápido que los esquemas de percepción y acción de los agentes, se produce un desfase que puede volver ineficaz la intervención. El trabajo con interruptores, al demandar una constante adaptación, obliga al Trabajo Social a repensar su habitus institucional, ampliando su marco de acción hacia prácticas más flexibles, sensibles al territorio y ancladas en la legitimidad comunitaria.

En síntesis, el modelo *Cure Violence* no solo amplía los dispositivos de intervención en contextos de violencia, sino que ofrece una oportunidad valiosa para que el Trabajo Social se renueve, se descentre y reconfigure su papel como articulador entre políticas públicas, actores comunitarios y procesos de transformación social.

Construcción de Capital Social y Redes Comunitarias

Bourdieu (1986) define el capital social como el conjunto de recursos reales o potenciales vinculados a la posesión de una red estable de relaciones de reconocimiento y confianza. En contextos de alta vulnerabilidad, donde las instituciones estatales suelen estar ausentes o desacreditadas, estas redes comunitarias —formales e informales— constituyen un recurso estratégico tanto para la subsistencia como para la transformación social. Desde esta perspectiva, el Trabajo Social tiene el desafío de identificar, valorar y fortalecer estas redes, más que superponer esquemas de intervención que no dialogan con la realidad del territorio.

En ese sentido, una intervención efectiva no puede prescindir del entramado de relaciones ya existente en la comunidad. Como plantea Grassi (2010), los procesos sociales no se construyen desde el vacío ni pueden imponerse desde afuera. Por el contrario, deben partir de las estructuras organizativas preexistentes, de los liderazgos barriales, de las formas de solidaridad cotidiana, y especialmente del papel activo que cumplen actores como los interruptores de violencia. Su capacidad para articular con múltiples sectores, tanto dentro como fuera del territorio, los posiciona como agentes clave en la generación de capital social comunitario.

El Trabajo Social, en este marco, debe actuar como facilitador de vínculos, articulando actores estatales —como centros de salud, escuelas, programas de inserción laboral— con los recursos ya existentes en los barrios. Esta articulación no debe ser concebida como una simple conexión logística, sino como un proceso de construcción de confianza y reconocimiento mutuo entre instituciones y comunidad. Así, se potencia la eficacia de las intervenciones y se legitima la presencia del Estado desde una lógica más horizontal y situada.

No obstante, uno de los errores históricos del Trabajo Social en América Latina ha sido su tendencia a reproducir modelos asistencialistas que, si bien pueden ofrecer respuestas inmediatas, no transforman las condiciones estructurales de exclusión. De la Garza (2012) advierte que la dependencia prolongada de subsidios o programas sociales sin perspectiva de autonomía puede reforzar ciclos de vulnerabilidad, especialmente entre jóvenes en riesgo de ingresar a circuitos violentos. En este sentido, los procesos de intervención deben orientarse a la generación de alternativas concretas en términos de formación, empleo, acceso a derechos y construcción de ciudadanía.

La experiencia de los interruptores, cuando es acompañada por políticas sociales integrales, puede abrir caminos efectivos hacia la resignificación de identidades marcadas por la violencia. Su labor no solo detiene hechos puntuales, sino que contribuye a reconstruir tejidos sociales fracturados, fomentando redes de apoyo, vínculos positivos y formas colectivas de cuidado. Así, el capital social deja de ser un recurso pasivo o residual, y se convierte en una herramienta estratégica para la transformación de territorios históricamente postergados.

Un enfoque integral y formación de equipos mixtos

El mayor desafío del trabajo social en contextos de violencia es la dificultad para generar confianza y legitimidad dentro de las comunidades afectadas. La integración de equipos mixtos, compuestos tanto por profesionales del trabajo social como por personas con experiencia de vida en estos contextos, es una estrategia clave para mejorar la efectividad de las intervenciones y garantizar su sostenibilidad en el tiempo.

El trabajo social tradicionalmente ha estado vinculado a enfoques académicos y metodológicos que, aunque fundamentales, pueden resultar insuficientes en escenarios de violencia extrema. Grassi (2010) señala que una de las debilidades del trabajo social en América Latina es su tendencia a aplicar modelos de intervención que no siempre se adaptan a la realidad de los territorios, generando desconexión entre la teoría y la práctica.

Los equipos mixtos permiten una complementariedad de saberes, donde la formación técnica de los trabajadores sociales se combina con la experiencia empírica de los actores comunitarios. Esta sinergia posibilita:

- Un mejor diagnóstico de las problemáticas locales.
- La formulación de estrategias de intervención más adaptadas a la realidad del territorio.
- La generación de confianza en la comunidad al reconocer el conocimiento de sus propios actores.

Reducción de la Histéresis del Habitus

Desde la teoría de Pierre Bourdieu, el concepto de histéresis del habitus (1986) refiere al desfase que se produce cuando los esquemas de percepción, pensamiento y acción de los sujetos —formados en contextos pasados— se vuelven inadecuados para comprender y actuar en nuevas realidades sociales. Esta rigidez es especialmente notoria en profesiones como el Trabajo Social, cuyos marcos institucionales, formativos y éticos fueron concebidos bajo ciertas condiciones de estabilidad y legitimidad del Estado, muy distintas a las que se presentan hoy en territorios atravesados por la violencia estructural, la informalidad y la exclusión.

En este contexto, la intervención profesional puede volverse ineficaz, no por falta de voluntad o formación técnica, sino por la imposibilidad de captar las lógicas profundas que rigen la vida en estos territorios. El habitus profesional, constituido en el marco de la universidad, las agencias estatales y las políticas sociales formales, entra en tensión con los códigos, los tiempos y los modos de relación propios de las comunidades donde se intenta intervenir. Como resultado, se producen malentendidos, rechazos o simplemente ineficacia en los dispositivos institucionales, reforzando la desconfianza entre el Estado y la comunidad.

En este escenario, la figura de los interruptores de violencia representa una posibilidad concreta de disminuir la histéresis del habitus profesional. Lejos de ser meros actores operativos, los interruptores encarnan un habitus configurado en la experiencia territorial directa, moldeado por trayectorias marcadas por la violencia, pero también por la resiliencia, la organización comunitaria y la legitimidad ganada en el campo. Su saber práctico, informal, y altamente contextualizado, constituye un puente entre las estructuras simbólicas de la comunidad y el saber técnico del Trabajo Social.

Al incorporar a los interruptores en equipos mixtos de intervención, no solo se amplía el alcance de las políticas sociales, sino que se habilita un proceso de reajuste del habitus profesional, obligando a los técnicos a cuestionar sus esquemas de acción preestablecidos, a adaptarse a lógicas territoriales específicas y a revalorizar saberes que tradicionalmente fueron deslegitimados por las instituciones. Este ejercicio de descentramiento profesional permite reducir el desfase entre teoría y práctica, y favorece la construcción de intervenciones más horizontales, sensibles y eficaces.

Al mismo tiempo, este proceso es dialógico: no se trata de una subordinación del saber técnico al saber empírico ni viceversa, sino de una negociación constante entre formas distintas de conocer y actuar sobre la realidad. Los interruptores, al articular con profesionales, también acceden a nuevas herramientas conceptuales, metodológicas y de planificación, que les permiten sistematizar sus experiencias y proyectarlas en acciones sostenibles a largo plazo.

En definitiva, la reducción de la histéresis del habitus no implica un simple ajuste técnico, sino una transformación más profunda en la manera en que el Trabajo Social se posiciona en contextos de alta complejidad. Es un llamado a repensar el rol del profesional no como un portador exclusivo del saber, sino como un sujeto que aprende con y desde el territorio, en

interacción constante con actores legitimados por su historia, su experiencia y su arraigo comunitario. Esta apertura, aunque desafiante, es también una oportunidad para renovar la práctica profesional y recuperar su potencia transformadora en los márgenes donde el Estado ha fallado.

Conclusiones:

El presente trabajo se propuso analizar el papel de los interruptores en la prevención y reducción de la violencia desde la perspectiva teórica de Pierre Bourdieu, con especial atención al habitus y los diferentes tipos de capital que movilizan, así como explorar la forma en que el Trabajo Social puede articularse con esta metodología de intervención. Las conclusiones que se derivan de este análisis permiten una comprensión integral de la complejidad del fenómeno y de las potencialidades que ofrece este enfoque.

En primer lugar, en relación con la metodología Cure Violence a través de experiencias en diversos contextos, los resultados evidencian que este modelo ha logrado reducciones significativas y sostenidas en los índices de violencia, demostrando su eficacia y capacidad de adaptación. Experiencias como las de San Pedro Sula y Cali muestran que la aplicación del enfoque epidemiológico para controlar la violencia puede traducirse en cambios profundos en comunidades marcadas por altos niveles de conflictividad. Esto confirma que Cure Violence no solo es una estrategia viable, sino una alternativa innovadora frente a los enfoques tradicionales basados en la represión.

Respecto a la identificación y movilización de capitales en la relación entre interruptores y comunidad, se concluye que estos actores poseen un capital social y cultural relevante, cimentado en sus trayectorias personales y conocimiento práctico de los territorios donde intervienen. Además, su capital simbólico, derivado de la legitimidad construida a partir de su historia y vínculos con la comunidad, resulta fundamental para desempeñar su rol mediador con eficacia. A pesar de las limitaciones en términos de capital económico formal, estos capitales les permiten establecer conexiones y autoridad que otros actores externos no logran alcanzar.

En tercer lugar, al analizar cómo estos capitales operan en la mediación y contacto directo con actores violentos, se observa que la experiencia compartida con las comunidades y grupos en conflicto funciona como un recurso esencial para interrumpir ciclos de violencia.

La credibilidad que les confiere haber vivido realidades similares posibilita que los interruptores se inserten en dinámicas complejas y negocien con actores que suelen estar fuera del alcance institucional convencional, logrando así una intervención más auténtica y efectiva.

El análisis del habitus de los interruptores revela que sus disposiciones y saberes adquiridos en contextos de violencia permanecen activos y les permiten comprender profundamente la lógica de los conflictos que enfrentan. La histéresis del habitus actúa como una ventaja estratégica, ya que esos aprendizajes pasados contribuyen a su eficacia actual para mediar y ofrecer alternativas. Por lo tanto, los interruptores no son agentes externos, sino sujetos que transforman su experiencia vital en un instrumento legítimo para la prevención.

Finalmente, en cuanto al rol del Trabajo Social y sus desafíos, se concluye que esta disciplina puede potenciar sus intervenciones si reconoce y articula con los saberes situados de los interruptores. La legitimación del acceso del Estado a comunidades vulnerables depende en gran medida de la capacidad de estos mediadores para facilitar la confianza y la aceptación. El Trabajo Social, al colaborar desde una posición horizontal y respetuosa, puede convertirse en un aliado estratégico para fortalecer las políticas de prevención, garantizando no solo su eficacia sino también su sostenibilidad y arraigo comunitario.

En síntesis, el trabajo realizado muestra que los interruptores constituyen un actor clave en la transformación de dinámicas violentas en contextos urbanos marginalizados. Su capacidad para movilizar distintos tipos de capital, su habitus profundamente ligado a la experiencia de violencia y su función como puente entre la comunidad y el Estado, los posicionan como un componente esencial de estrategias preventivas innovadoras. La integración del Trabajo Social en este modelo de intervención representa una oportunidad valiosa para consolidar procesos de cambio social más amplios, donde la prevención de la violencia se funda en la legitimidad y el reconocimiento mutuo.

Bibliografía

- Banco Interamericano de Desarrollo (BID). (2024). *Estrategias de prevención de la violencia en América Latina: Buenas prácticas*. Washington, DC.
- Bourdieu, P. (1980). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (1986). *Las formas del capital*. En J. G. Richardson (Ed.), *Manual de teoría e investigación para la sociología de la educación* (pp. 241-258). Greenwood Press.
- Bourdieu, P. (1990). *La lógica de la práctica*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (2018). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Recuperado de: <https://asociacionfilosofialatinoamericana.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/08/bourdieu-pierre-la-distinci3b3n-criterio-y-bases-sociales-del-gusto.pdf>
- Bourdieu, P. (2da Ed.). *Poder, derecho y clases sociales*.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. J. D. (1992). *Una invitación a la sociología reflexiva*. University of Chicago Press.
- Cure Violence Global (CVG). (2023). *Cure Violence: Un enfoque de salud pública para la reducción de la violencia*. Recuperado de: www.cureviolence.org
- Cure Violence Global (2023). *El modelo de cura de la violencia: tratar la violencia como una enfermedad contagiosa*. Chicago, IL.
- Cure Violence Global (2023). *Estudio de factibilidad para la implementación del modelo Cure Violence en Montevideo*. Informe técnico. Recuperado de: www.cureviolence.org
- De la Garza, E. (2012). *Trabajo y subjetividad: Estudios sobre las nuevas formas de subordinación laboral*. Anthropos.
- Delgado, S. A., et al. (2017). *Los efectos de Cure Violence en los barrios South Bronx y East New York, Brooklyn*. En *Desnormalizando la Violencia: Una serie de informes de evaluación del John Jay College sobre los programas de Cure Violence en la ciudad de Nueva York*. Centro de Investigación y Evaluación del John Jay College of Criminal Justice, Universidad de la Ciudad de Nueva York.
- Grassi, E. (2010). *Intervención social y pobreza: Nuevos debates y desafíos en América Latina*. CLACSO.
- Maguire, E. (2023). *Qualitative Evidence on the Implementation of Cure Violence in Trinidad and Tobago*. *Prevention Science*.
- Maguire, E. (2023). *Cure la violencia: un modelo de salud y prevención de la violencia en comunidades urbanas*. *Journal of Global Public Health*.
- Ministerio del Interior (2023). *Informe de seguridad pública: Análisis de datos sobre homicidios y violencia armada en Montevideo*. Montevideo, Uruguay.
- Ministerio del Interior (2024). *Barrios Sin Violencia*. Recuperado de: <https://www.gub.uy/ministerio-interior/politicas-y-gestion/barrios-sin-violencia>
- Ministerio del Interior de Uruguay (2024). *Programa Integral de Seguridad Ciudadana II: Barrios Sin Violencia*. Montevideo, Uruguay.
- Moreno, Irurita, & Gómez. (2020). *Informe Final de la Evaluación de Impacto del Programa Abriendo Caminos de la Fundación Alvaralice*. Recuperado de:

<https://www.alvaralice.org/wp-content/uploads/2020/12/Informe-Final-de-la-Evaluaci%C3%B3n-de-Impacto-del-Programa-Abriendo-Caminos-de-la-Fundaci%C3%B3n.pdf>

- Organización de Estados Americanos (OEA). (2019). *Plan de Acción Hemisférico para la Prevención y Reducción del Homicidio Intencional*.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2002). *Informe Mundial sobre Violencia y Salud*. Ginebra: OMS.
- Organización Mundial de la Salud (WHO). (2002). *World Report on Violence and Health*. Ginebra: WHO.
- Ransford, C., et al. (2017). *El modelo Cure Violence: reducción de la violencia en San Pedro Sula*. Informe de evaluación de programas. Recuperado de: www.cureviolence.org.
- Cano, I., & Rojido, E. (2016). *Mapeo de programas de prevención de homicidios en América Latina y el Caribe* [Informe final]. Río de Janeiro: Laboratório de Análise da Violência, Fórum Brasileiro de Segurança Pública. Recuperado de <http://www.forumseguranca.org.br/>
- Rojido, E., Cano, I., & Borges, D. (2023). *Diagnóstico de los homicidios en Uruguay*. Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU). Recuperado de <https://ciesu.edu.uy/2023/07/14/diagnostico-de-los-homicidios-en-uruguay/>
- Rojido, E. (2017). *Diagnóstico de los homicidios en Uruguay: Estrategias de prevención en América Latina y el Caribe*. Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de la República.
- Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). (2021). *Estudio global sobre el homicidio 2021*. UNODC.
- Wacquant, L. J. D., & Bourdieu, P. (1992). *Una invitación a la sociología reflexiva*. University of Chicago Press